



SOMBRAS DEL AYER

Abel Angulo

SOMBRAS DEL AYER



Primera edición: diciembre 2020

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Abel Angulo

ISBN: 978-84-18544-48-4

ISBN digital: 978-84-18544-49-1

Depósito legal: M-28377-2020

Editorial Adarve

C/Ros de Olano, 5

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*A mi padre, por los recuerdos de sus años en Alemania;
a mi madre, por aquellas tardes de telenovelas
y a mi hermana por estar siempre ahí.*

*Un agradecimiento especial al maestro Won Sik Ro,
por los veinticinco años de taekwondo a su lado.*

ÍNDICE

1. EL PARALELO 38.....	15
2. TEQUILA Y MARIACHIS.....	35
3. LLUVIAS DE OTROS TIEMPOS	55
4. SOMBRAS DE LA NOCHE.....	77
5. EL ROJO Y EL AZUL.....	99
6. RECUERDOS DE VIETNAM	119
7. SIPCHIN	137
8. TRABAJANDO CON ESPÍAS.....	157
9. KIA. EL GRITO DE LA MUERTE.....	183
10. PROCURO OLVIDARTE.....	211
11. SOMBAE.....	233
12. LA FLOR DE COREA	253
EPÍLOGO	279

(En algún lugar de la zona desmilitarizada entre las dos Coreas. Primero de febrero de 2016)

Hay cuatro montículos, pintas verdosas de diferentes tonalidades estáticas sobre el fondo blanco de la nieve, junto a otros volúmenes verdes de arbustos y vegetación difuminados en una noche oscura y gélida. Sobre la ladera de la montaña hay cuatro comandos camuflados en el terreno, rostros anchos, ojos rasgados escondidos detrás de gafas de visión nocturna, fusiles de asalto apuntando en varias direcciones.

Allí abajo, a cien metros, las alambradas iluminadas que se alejan zigzagueando por el terreno como una serpiente de luz, que se pierde en el horizonte. Al otro lado, Corea del Sur.

Aflora una sonrisa en los labios de un comando y hace un gesto con la mano a otro soldado, mientras en la mira telescópica de su rifle de precisión se pasea una sombra sigilosa andando sobre cuatro patas. Un leopardo de Amur o, quizás un tigre. Su dedo índice roza inconsciente el gatillo. Sobre su brazo, cosida al uniforme la bandera con el círculo bicolor dividido por una línea sinuosa.

El dedo se aparta del frío metal lentamente, la sombra felina ya no está. Ahora en la mira solo se ve un camino de tierra embarrado por la nieve.

Durante varios minutos el paisaje se queda dormido, solo se escuchan los cantos lejanos intermitentes de algún ave nocturna. Sobre el cielo, el brillo frío de infinitas estrellas.

Los cuatro comandos continúan petrificados detrás de un parapeto del terreno, llevan pañuelos cubriendo la boca para no delatar su presencia con el vaho de la respiración.

De repente algo se ha movido, en la mira telescópica tres siluetas erguidas han cruzado el camino embarrado con rapidez. Los cuatro soldados se incorporan sin hacer ruido, fantasmas mimetizados moviéndose sobre la nieve.

Las tres siluetas que cruzaron el camino se dirigen con rapidez hacia la zona iluminada de alambradas; pero antes de llegar unas luces largas amarillentas los interceptan. Dos todoterrenos iluminan la zona acercándose a gran velocidad. Mientras una de las siluetas continúa corriendo hasta la alambrada, las otras dos se agachan disparando con armas automáticas contra los todoterrenos que se acercan.

Los cuatro soldados surcoreanos que habían abandonado su refugio en la nieve corren, empuñando modernos fusiles de asalto y pertrechados de equipo militar de última generación, en dirección al disimulado túnel abierto en la alambrada.

Mientras la tercera silueta llega al túnel, las otras dos agachadas solo consiguen entretener durante breves momentos las ametralladoras pesadas de los todoterrenos, de los que además ahora, salen soldados bajo cascos de acero, largos abrigos militares y antiguas armas soviéticas abriendo fuego más allá de las siluetas abatidas, sobre los comandos surcoreanos.

Después de un breve intercambio de fuego que levanta nubes de polvo en la nieve, todos los comandos logran cruzar la alambrada y pisan territorio de Corea del Sur.

Patrullas surcoreanas se acercan a la zona; los norcoreanos ya se marchan. Un comando cae al suelo, ha resultado herido en la refriega. Al igual, unos metros adelante ha caído la silueta que logró llegar a la alambrada y cruzar a territorio surcoreano. Los comandos se acercan, giran el cuerpo, el hombre está herido, un balazo en un hombro, el rostro blanquecino dolorido, los ojos avellanados mirando con temor.

Los comandos tornan el gesto de euforia, en rostros confundidos, se miran unos a otros con ojos de incredulidad. Algo va mal, la operación ha fracasado, el hombre herido que los mira con ojos temerosos desde el suelo no es quien debería ser.

A esa misma hora, desde una caleta escondida en la costa occidental de Corea del Norte zarpa una barca adentrándose en la oscuridad del mar. Cuatro remeros impulsan la embarcación dentro del agua mansa, llegan olas en suaves crestas que van rompiendo en la proa, mientras gana distancia alejándose de la silenciosa costa.

Los remeros trabajan con decisión, bajo un cielo estrellado y frío, dirigiéndose hacia una luz verde, tenue e intermitente, que se observa en la oscuridad, mar adentro.

Sentado en la parte trasera de la barca va un hombre con un grueso abrigo, gesto altivo, ojos negros rasgados en un rostro delgado, perfilado con un bigote y una perilla recortada. Su mirada imperturbable perdida en la oscuridad.

1. EL PARALELO 38

Zaragoza (España). Febrero de 2016

Suena el veintiocho, sube hasta las rodillas dolorido, los abdominales tensos para estallar dicen basta. Sigue el veintinueve, treinta, y continua la cuenta; pero él se deja caer, ya no puede más.

Sus compañeros vestidos con trajes blancos y cinturones de diversos colores continúan subiendo el torso hasta las rodillas. La mirada de superioridad de la instructora pasa de largo, indiferente. Lleva el pelo rubio recogido en una coleta, cara del montón, formas sugerentes bajo el dobok (traje de taekwondo), un cinturón negro con tres rayas rojas apretando la cintura de avispa. Una edad rondando los treinta.

Ahora toca apoyar los puños sobre el tatami y flexionar los bíceps. La cuenta se hace larga, la instructora parece contara lentamente a postas. De nuevo se rinde, vuelve a dejarse caer.

—Vaya..., para ser un cinturón marrón te falta mucho entrenamiento. ¿Cómo te llamas?

—Me llamo Mario —contesta con gesto serio. Es más bien alto, rostro moreno con barba de dos días, ojos oscuros, pelo corto rizado y bigote negro. Un joven de buen ver con rastros de echarse a perder prematuramente.

—¿Es tu primer día?, no te conozco.

—El segundo. Vine ayer —su mirada se clava tan recta como la

luz del sol por unos segundos en los ojos de Vero, la instructora. Ella desvía la mirada.

La clase continúa. La instructora se coloca en la cabecera de la sala, los alumnos de taekwondo se colocan haciendo filas por orden de grado; de derecha a izquierda: cinturones negros, marrones, azul, verde, naranja, amarillo y varios cinturones blancos; los novatos.

En el sitio, cada uno practica los estiramientos que Vero realiza en la cabecera de la sala.

Detrás de ella hay un espejo que ocupa toda la pared, donde se reflejan las líneas marciales en trajes blancos juntando la cabeza con las rodillas alternativamente. Después toca apertura lateral y frontal de las piernas, para Vero y algunos otros de las primeras filas la apertura es total, hasta sentarse en el suelo.

—¡Todos en su sitio! ¡Chariot, kionye! (firmes, saludo).

Todos juntan los pies, los brazos estirados sobre los flancos del cuerpo, después doblan el tronco agachando la cabeza hacia la cabecera de la sala. El saludo marcial.

Vero da la orden de hacer varias filas, un oponente frente a otro en posición de firmes. No parece a gusto con algunos emparejamientos y hace varios cambios.

—Alberto ponte con el nuevo —Vero se dirige a un cinturón negro, un hombre que se acerca a los cincuenta años, pelo canoso y escaso, nariz prominente.

—El nuevo se llama Mario —responde este con ironía.

—Yo soy Alberto —los dos se dan la mano.

Vero se dirige ahora a un cinturón marrón joven, unos veinticinco años, alto, guapo, gesto altivo.

—Tú, Manuel te pones conmigo —Manuel asiente indiferente.

Las parejas comienzan con un intercambio de patadas circulares (bandal chagui), golpeando la cintura del contrario para, seguidamente, recibir el golpe del otro en su propia cintura.

Alberto es rápido y golpea bien, Mario intenta mantener el ritmo cada vez más rápido.

La cadera de Alberto gira a la par que la punta de su pie de apoyo sobre el tatami, describiendo un semicírculo perfecto antes de impactar sobre el flanco de Mario, que recibe los golpes, estoico; a la vez que golpea con su empeine la amplia cintura de Alberto, cruzada por un cinturón negro con dos rayas rojas bordadas. Un segundo Dan.

Mario pierde el ritmo, la respiración entrecortada. Alberto también parece cansado; hacen un descanso para reponerse.

Se quedan mirando a la pareja de al lado mientras recuperan la respiración. Vero y Manuel golpean sincronizados a un ritmo endiablado.

—Son jóvenes y entrenan todos los días —comenta Alberto sonriendo.

—Ya se ve —responde Mario cambiando la mirada hacia su interlocutor.

—Tu forma de hablar, no es de aquí —se interesa Alberto.

—No, soy mejicano.

—¿Allí empezaste con el taekwondo?

—Sí, pero de eso hace ya muchos años.

—Nunca es tarde para continuar. Yo llevo veinticinco años practicando y espero tardar mucho en retirarme —Mario le calcula unos cuarenta y cinco, mientras observa que sus ojos marrones miran con franqueza.

—Yo he vuelto para conseguir el cinturón negro. Tengo que coger la forma.

—Poco a poco —sonríe Alberto.

Vero manda un alto, y después de los respectivos saludos y cruces de manos hay cambio de pareja. Ahora Mario tiene enfrente a Manuel. Después del saludo, agachando la cabeza, comienza el intercambio de patadas.

Mario le ha pillado la práctica al ejercicio, cada vez va más suelto, pero Manuel es mucho más rápido.

En el dojang (sala de taekwondo), ciento cincuenta metros cuadrados de tatami azul, ocho parejas se golpean simultáneamente.

Varios cinturones blancos se mueven con torpeza, a la par que reciben explicaciones de sus compañeros de mayor grado.

A un lado de la sala cuelgan dos sacos de arena para golpear. En la pared, frente a la entrada, cuelga la bandera de Corea del Sur. En el techo alto, un lucernario deja traspasar una luz tenue y gris, que se incrementa notablemente con la luz artificial.

Las patadas de Manuel van aumentando en intensidad, golpeando seco sobre la cintura de Mario. Al principio, Mario pensó que se le había escapado a Manuel alguna patada más fuerte, ahora sabe que la pierna va acompañada de la intención.

Se queda mirando la cara de Manuel; está absorto, sin dar señales de humanidad, el gesto hosco, la mirada a media altura. Cada vez golpea más fuerte.

Pinche descerebrado, piensa Mario, que también ha empezado a golpear más fuerte. Los golpes van y vienen, los de Manuel secos y ágiles, los de Mario lentos y contundentes. Sin descanso, parecen dos máquinas trabajando en hora punta, hasta que se escucha la voz de Vero.

—¡Kalio! (alto) —los dos paran, a Mario le cae el sudor de la frente, sus ojos oscuros miran de frente a Manuel, después gira el rostro y ve que todo el mundo está mirándolos.

—¡Chariot, kionye! (firmes, saludo). ¡A formar filas! —Vero da la orden, el maestro del gimnasio se dispone a entrar en la sala.

Una vez hechas las fórmulas de jerarquía oportunas la clase continúa. El maestro toma el relevo del mando. Lleva anudado al dobok blanco (traje de taekwondo) un cinturón negro sin ningún distintivo de su grado; octavo Dan. Únicamente lleva bordadas en amarillo sobre el cinturón las letras de su nombre en coreano, maestro Hyun. Tiene el pelo oscuro, la cara ancha, ojos rasgados de mirada franca. Su andar seguro sobre una figura delgada de mediana estatura se pasea por la sala.

Todos están subiendo la pierna arriba, ap-chagui (patada frontal).

Después de largos minutos se ven rostros cansados, y también gestos de coraje entre los cinturones de más grado.

La pierna de Mario ya solo sube a media altura cuando el maestro ordena parar.

—Hacemos pumse. Cada uno con su color —dice en perfecto castellano con un acento extraño.

La gente se agrupa con los compañeros de su mismo nivel y empieza cada grupo a hacer su pumse. Una tabla de movimientos, defensas y ataques preestablecidos, una lucha contra uno o varios enemigos invisibles, donde la perfección es la única forma de terminar, la única forma de no ser derrotado.

—¿Qué pumse recuerdas? —se dirige el maestro a Mario.

—La verdad, ninguno. Solo algún movimiento.

—¿Cómo te llamabas?

—Mario —los dos se quedan mirándose a los ojos como si se hubieran conocido alguna vez, hace mucho tiempo. Después de un breve silencio:

—¿Después de la clase vendrás a verme? —más que una pregunta las palabras del maestro parecen una confirmación. Mario asiente, después saluda agachando la cabeza.

—Empieza con bande jirugui (puño al pecho) —ordena el maestro.

Mario está sentado en una silla dentro del despacho del maestro Hyun. El maestro abre una caja de madera negra, dentro se ven diferentes instrumentos de acupuntura y medicina tradicional coreana. Saca unas agujas finas y largas.

—¿No te dan miedo las agujas?

—Nunca me dieron —responde Mario con gesto altivo, mientras sus ojos negros se pasean por la habitación. Hay varias estanterías, una tiene instrumentos extraños, los mira fijamente; pero no llega a averiguar su uso. En la otra pared ve un armario metálico cerrado. A su derecha, la puerta que comunica con las otras dependencias del gimnasio, y en el extremo opuesto otra puerta cerrada que parece ser una estancia privada.

El maestro ha dejado las agujas encima de la mesa y se ha sentado en un taburete al lado de Mario.

—Me dijiste..., tenías algún problema —Mario asiente con la cabeza lentamente, su pelo negro rizado brilla con la luz artificial de la lámpara que cuelga del techo, una esfera de aspecto oriental.

—Tengo problemas con el alcohol. Bebía demasiado.

—Con las agujas intentaremos buscarle cura. El taekwondo también te ayudará —el maestro lo mira amistosamente.

—Estuve un tiempo en alcohólicos anónimos, en Madrid; pero dejé de ir a las reuniones. Me aburrían. Bueno aún mantengo contacto con ellos.

—Vaya —se ríe el maestro—. Con nosotros te divertirás más.

—No lo sé —responde Mario con la mirada perdida en paisajes lejanos.

El maestro sujeta la mano de Mario y coge una aguja, con la punta fina atraviesa la piel introduciéndola un poco más. La aguja se queda colgando, como las banderillas que emplean los toreros.

—Dime, ¿qué edad tienes? —le pregunta mientras le mira el brillo de los ojos y el color de la piel en el rostro.

—Treinta.

—Muy bien —continúa clavándole agujas en la mano.

—¿En qué consiste esto de las agujas? —Mario se mira la mano un tanto incómodo, con las agujas colgando.

—Tiene que ver con la filosofía coreana, igual que el taekwondo. Por el cuerpo circulan dos tipos de energía, la yin y la yang. Cuando circulan y están equilibradas, el cuerpo está sano y saludable. Los problemas llegan cuando se pierde ese equilibrio o se estanca la energía.

En la parte delantera del cuerpo se sitúa el vaso concepción, y el vaso gobernador en la parte trasera. El vaso concepción transporta energía yin, igual que los meridianos del pulmón, corazón, bazo y otros órganos —explica el maestro.

—¿Qué son los meridianos?

—Canales por los que circula la energía.

—¿Y la energía yang? —se interesa Mario.

—El vaso gobernador transporta esa, igual que los meridianos de los intestinos grueso y delgado, la vejiga y otras vísceras.

—Órganos y vísceras —deduce Mario.

—Eso es. Aunque también está el triple calentador que no pertenece a esa división. Digamos que es un regulador de la temperatura y los líquidos.

—¿Entonces las agujas para qué sirven?

—Para estimular el flujo de energía o bloquearla.

—¿Actuando en esos canales, se sana el cuerpo?

—O se destruye. Hay golpes de taekwondo dirigidos a puntos vitales de esos meridianos.

—Parece complejo.

—Bueno todo tiene su ciencia. Hay cinco símbolos materiales que se relacionan igual que los órganos del cuerpo. Generándose o destruyéndose, guardando el equilibrio. Cuando por algún motivo el equilibrio se rompe aparece la enfermedad, el estrés, los problemas... —el maestro, con sus ojos rasgados perfilando su rostro amarillo, examina si las agujas siguen en el lugar adecuado.

—¿Qué son esos cinco elementos? —pregunta Mario interesándose.

—Son: fuego, tierra, metal, agua y madera. Por ejemplo, el fuego es generado por la madera y este a su vez genera tierra. Es capaz de destruir el metal fundiéndolo, a la vez que su enemigo natural es el agua.

—Una rueda sin fin.

—Exacto.

—¿Y el corazón, a qué elemento pertenece? —pregunta Mario mientras observa su mano agujereada.

—El corazón es fuego, el pulmón, metal; el hígado es la madera...

—Interesante —comenta Mario.

El maestro se levanta del taburete.

—Tienes que aguantar un poco así. Yo salgo un momento, dentro de un rato vengo a quitártelas —se gira un instante antes de

salir por la puerta para decirle a Mario: «que no se toque las agujas». Mario asiente mientras se dispone a esperar ensimismado en sus pensamientos.

Pasado un tiempo mira su reloj, debe llevar diez minutos con la mano agujereada. Mira hacia la puerta, no se ve a nadie, pero se escucha de fondo el saco bambolearse y recibir golpes en la sala de taekwondo. Recuerda que la instructora Vero se quedó entrenando un rato más con el masoca ese de Manuel.

Observa más pausadamente la habitación, sobre el armario metálico hay tres copas de trofeo y una placa, parece una mención para el maestro Hyun. Sobre la pared varias fotografías de tamaño grande, el maestro rompiendo unas tablas de madera golpeando con los dos pies en el aire. Modumbal yop chagui, pone al pie de la foto.

En otra foto aparece con traje y corbata, junto a tres militares vestidos de uniforme y la bandera de Estados Unidos ondeando al fondo.

Se fija en las dos fotos, parecen antiguas, el maestro era mucho más joven. Ahora calcula que tiene que pasar de los sesenta y cinco por lo que ha oído, aunque aparenta tener diez años menos.

Por su memoria van pasando otras viejas fotos, que se pierden en sus recuerdos.

Desvía la mirada, ve en la mesa del maestro un periódico. Lo coge para ojearlo, es el diario «El Planeta», uno de los diarios de mayor tirada nacional. Confirma que es del día.

Lee en la portada, entre las noticias destacadas: «Fuga de Corea del Norte del mítico general Jong-Su». Pasa del titular a la letra pequeña:

«En las últimas horas se ha conocido la fuga del legendario general Jong-Su hace una semana, tras un extraño incidente en la zona desmilitarizada entre las dos Coreas, en el que resultaron heridos varios soldados surcoreanos. Todo está envuelto en un halo de misterio, se desconoce dónde se encuentra en estos momentos el general. Hay voces que lo sitúan en Europa.

El general Jong-Su se distinguió por sus acciones en la guerra de Vietnam, cuando formaba parte del ejército de Corea del Sur. Su aureola heroica circulaba incluso entre los marines americanos, por acciones como la defensa de Tra Binh Dong. En aquella época ostentaba el grado de teniente y junto con sus compañeros, trescientos soldados surcoreanos, lograron defender su base del ataque de más de dos mil miembros del vietcong. Su actuación fue destacada y le fueron concedidas varias condecoraciones surcoreanas y también americanas. Su participación en la operación Flying Tiger también fue destacada.

Más tarde por razones desconocidas desertó escondiéndose en las selvas camboyanas.

Un año después, se supone marchó a Corea del Norte enrolándose en las filas del ejército. Ascendió a capitán alcanzando gran éxito en acciones subversivas contra su antiguo ejército. Unos años más tarde llegó al grado de general, convirtiéndose en uno de los más distinguidos del ejército norcoreano.

En los últimos tiempos tuvo varios desencuentros y diferencias con el nuevo líder, Kin-Jong Un. Lo que parece desencadenó su fuga.

La península de Corea vive desde comienzos de año una gran tensión, después de que el 6 de enero Corea del Norte realizara en Punggye-ri otra prueba nuclear, anunciando al mundo que era su primera prueba con una bomba de hidrógeno. La explosión causó un terremoto de magnitud 5,1 en la escala de richter».

Interesante, piensa Mario. Mira su reloj, han pasado veinte minutos. En ese momento entra el maestro Hyun en el despacho.

—¿Qué tal?, ¿bien? —pregunta, después deja en la mesa una bolsa de plástico, parece alguna compra.

—Bien. Me he entretenido con el periódico —Mario lo devuelve a la mesa—. Viene una noticia de su país.

—Sí. Ya la leí. Conozco al general Jong-Su —dice el maestro mientras ojea la portada del diario, donde también viene una foto antigua del general.

—Vaya, no creí... —Mario deja las palabras en el aire.

—Lo conocí hace muchos años, en Vietnam —el maestro parece recordar viejos recuerdos.

—¿Combatió usted en Vietnam? —pregunta Mario con un brillo de respeto en la mirada.

—Sí. Junto al entonces teniente Jong-Su, en la brigada «Dragón Azul» —guardan unos segundos de pausa.

—¿De qué Corea es usted?

—Nací en Corea del Norte; pero mi familia tuvo que marchar al sur cuando inició la guerra. Yo era un niño, crecí al sur del paralelo treinta y ocho.

—La frontera con más soldados del mundo, escuché —El maestro asiente con la cabeza.

—Bueno, vamos a quitarte las agujas.

—La verdad, ya tenía ganas —sonríe Mario con un brillo amistoso en sus ojos negros.

El maestro se vuelve a sentar en el taburete y va retirando las agujas de una en una.

Una vez retiradas, Mario se pone en pie y se dirige al maestro.

—Maestro..., ya le dije, ando un tanto justo económicamente.

—No te preocupes. De momento no tienes que pagar el gimnasio. Ya hablaremos.

—¿Y las agujas?

—Eso va por mi cuenta. Déjalo —responde el maestro mientras saca un libro de un cajón de su mesa.

—Gracias. Nos vemos maestro —Mario se despide.

—Un instante. Toma este libro de taekwondo para que leas algún rato. Te ayudará. Y no bebas más.

—Descuide y, gracias por el libro. Se lo devolveré cuando lo haya leído —Mario sale por la puerta mientras fija su mirada en el título del libro. «Las armas secretas del Taekwondo».

Sale de la oficina del maestro con el libro en la mano, sus tapas son negras y es un libro voluminoso. Se dirige a las duchas, una ducha de agua caliente le vendrá muy bien, piensa Mario.

Para llegar tiene que pasar al lado de la sala de taekwondo, la

entrada da al mismo corredor. La sala está vacía, parece que Vero y el tal Manuel ya se cansaron, se dice.

Se queda mirando la sala vacía, parece un santuario, la bandera de Corea del Sur cuelga de la pared con su círculo bicolor y sus símbolos rayados en las esquinas. Le gusta saludar antes de entrar, la reverencia hacia un recinto especial donde se entra a practicar una lucha, unos ritos ancestrales, irradiados a todos los continentes desde el lejano oriente. Un pequeño rincón de la mística de Corea, el mismo espíritu en un dojang de Méjico hace quince años, después en los dojang de Norteamérica o en uno español hoy en día.

Ya se marcha de la entrada satisfecho, cuando le parece haber visto algo, algo se ha movido como si fuera una sombra, lo ha visto a través del lucernario a pesar de estar oscuro afuera. No le da más importancia, algún gato callejero o de algún vecino.

Continúa su camino, al fondo del corredor se ve una puerta cerrada, le dijeron que era un almacén con material deportivo, pesas, mancuernas y cosas así...

Tuerce a la derecha y entra en la sala de duchas. Tiene una taquilla al fondo, se dirige a dejar el libro. La sala es larga, sobre la mitad se escucha una ducha funcionando en un box.

Al pasar por allí, en un golpe de vista, observa a Vero contra la pared, abrazando con sus piernas morenas la cintura de Manuel, que la sostiene a horcajadas mientras la aplasta contra la pared, en una cadencia rápida bajo el agua tibia que resbala por sus rostros de ojos cerrados y sus gestos de bocas abiertas, sus músculos tensos. Vaya..., piensa, estos siguen un entrenamiento intensivo.

Gira la cabeza y continúa adelante, deja el libro en la taquilla y se quita el dobok. Abre el grifo de agua caliente en el box. Se mira la zona de la cintura, el lado derecho le duele más, lleva unos moratones grandes. Los golpes del tal Manuel, maldito chingado, dice torciendo el gesto.

Al fin se abandona bajo la lluvia que baja por su cuerpo dolorido y cansado, los ojos cerrados pensando en pueblos y

ciudades lejanas del otro lado del Atlántico, en los recuerdos dejados atrás.

Mario sale del gimnasio «Taeguk», que está situado cerca de la calle Zaragoza la Vieja, en el barrio de San José. Se interna en la calle Levante, ya es noche cerrada a pesar de no llegar a las ocho de la tarde. Va subiendo la cuesta hacia el paseo del Canal Imperial. La espesa niebla difumina en una aureola amarillenta la luz de las escasas farolas.

La cuesta es muy empinada, se hace dura de subir. Van quedando atrás varias casas ruinosas, parecen abandonadas hace años, muros resquebrajados rodeados de malezas y hierbas bajas. La naturaleza retomando sus derechos en los bordes de la jungla de asfalto.

La niebla baja enfría la noche, Mario se sube el cuello del chaquetón verde de línea militar.

A su espalda se escucha un ruido entre la maleza, gira medio cuerpo, pero no ve a nadie. Vuelve a escuchar otro crujido, esta vez se detiene y se da la vuelta, no se ve casi nada, la niebla parece bajar por momentos, solo luces difusas allá abajo en los edificios del viejo San José. La casa cercana está en un estado ruinoso total, el tejado caído, hace muchos años que nadie la habita, piensa. Rápidamente ve cruzar una sombra entre la maleza y las ruinas de la casa.

—¿Quién chingado anda ahí? —Alza la voz. La respuesta es un largo silencio, la niebla continúa bajando, la sensación de humedad se intensifica. Por la espalda de Mario cruza un escalofrío. Se da la vuelta y sigue subiendo mientras observa los árboles oscuros desnudos de hojas, que jalonan el curso del canal.

Cuando llega al final de la cuesta vuelve a girarse hacia atrás, allí abajo ya solo distingue niebla gris. Se gira olvidándose de la sombra y descubre junto a él una fisonomía de hombre que lo está mirando. Va vestido con un chándal y una cazadora invernal con capucha, que le cubre la cabeza. Tarda dos segundos en reconocerlo, y es el otro, el que habla primero.

—Mario, ¿qué tal? —saluda Alberto.

—Bien. Ya me voy a casa —Mario lo mira con sus ojos oscuros—. ¿Y tú qué haces por aquí?

—Pasear —Alberto señala unos metros más allá a su perro. Un labrador blanco, que olfatea alrededor de un árbol, moviendo el rabo jugueteando.

—¿Dónde vives?

—En La Paz —responde Mario con la mirada tranquila.

—Te acompaño por el canal, yo también vuelvo a casa.

—¿También vives por aquí? —los dos van andando a la par por la acera desierta, a un lado casas bajas cerradas, aunque parecen habitadas.

—Somos de barrios vecinos, yo vivo en Torrero, muy cerca del parque de La Paz. ¿Te suena la calle Movera, Castellar, los Ángeles?

—No. Solo llevo unos días en Zaragoza —Mario responde mirando el perro que ha cruzado al otro lado de la carretera y anda suelto por la orilla del canal.

—Bueno está aquí cerca. Ya te indicaré. Así que has venido hace poco de Méjico —Alberto camina despacio con la correa del perro en la mano.

—No. Antes de venir aquí estuve una temporada en Madrid. No me fue bien, así que me vine por aquí.

—Vaya... —después de un breve silencio la conversación continúa—. Bueno te puedo decir, que has elegido bien el gimnasio —cambia de tema Alberto.

—Me cae cerca.

—El gimnasio «Taeguk» lleva abierto más de treinta años. El maestro es uno de los más altos Danes que hay en España, aquí en Zaragoza solo hay un maestro que tiene un Dan superior. Aún recuerdo, hará ahora unos veinticinco años que empecé yo con él. Desde niño me gustó el taekwondo, un día leí una revista que lo definía como el kárate aéreo o kárate volador. Sabes, en aquella época aquí en Zaragoza, solo se conocía el kárate y el judo; pero esa definición se me quedó aquí en la cabeza. Alberto se señala con el dedo índice la frente.

—Yo aprendí durante unos años en Méjico, con un maestro mejicano, también era bueno. Me quedé en marrón —hace una pausa—. Me tuve que ir a buscarme la vida a los Estados Unidos —Mario gira la cabeza, ha perdido de vista al perro, entre la niebla no se ve ninguna mancha blanca. Unos metros más atrás aparece el labrador correteando.

—¡Vamos, Bobby! —lo llama Alberto.

—Has viajado más que Willy Fog —bromea Alberto.

—Casi, casi —responde Mario.

Ya han llegado al puente del canal que va a dar al parque de La Paz, un puente de estructura metálica remachada; parece antiguo, piensa Mario.

Alberto llama a Bobby para ponerle la correa. El perro se acerca obediente y se deja amarrar tranquilo, sus ojos de miel se quedan mirando a Mario, que le acaricia las orejas con una media sonrisa en la boca.

Cruzan el puente metálico. Mario se queda mirando un instante el agua oscura, bajando lentamente, sus ojos oscuros parecen marcharse corriente abajo.

—¿En qué parte de La Paz vives? —pregunta Alberto sujetando con el collar a Bobby.

—En la plaza Alcobendas. Yo me voy calle arriba.

—Yo sigo por aquí abajo, por el parque. Vivo subiendo aquella cuesta —indica Alberto. Mario asiente.

—Ya nos veremos —se despide Mario.

—Adiós. ¡Venga Bobby!, que hace frío, vamos a casa —el labrador se resiste olisqueando entre las hierbas.

Va subiendo cuesta arriba, la niebla parece abrirse un poco, aunque la humedad sigue metiéndose en los huesos. No se ve a nadie por la calle, gira hacia atrás y, Alberto y su perro ya se han quedado perdidos en la niebla. Solo se ven los focos redondos y amarillentos de un coche que se acerca. El coche pasa cuesta arriba, hasta que el rojo difuso de sus pilotos traseros se pierde en la noche.

Es la neta, se dice, esta noche las calles están tan frías como el alma.

Cierra la puerta del piso, una segunda planta de una casa de poca altura. Deja el libro sobre la mesa, después pone la mano en el radiador, solo está templado.

En la cocina, mete al microondas un plato con tortilla de patata, mientras se abre un panecillo.

Con el bocadillo de tortilla y una coca cola sobre la mesa, enciende el televisor. Noticias, cambia; una película de vaqueros. Un pistolero, sendos revólveres en su cintura, al otro lado el sheriff del lugar. Tras un intercambio de vocablos desafiantes en presencia de una dama rubia, cruzan las puertas giratorias del «saloon». Uno frente al otro, separados por veinte pasos, el viento seco levanta nubecillas de polvo que se pierden en una calle vacía. El pistolero, traje negro, sombrero de alas anchas, es el primero en echar mano del revolver hiriendo al sheriff, para a su vez recibir un instante después un balazo mortal.

La chica rubia sale corriendo del «saloon» y abraza a su hombre moribundo, mientras el sheriff se levanta con una herida leve y guarda su revolver todavía humeante.

—Las mujeres siempre prefieren a los malos —habla solo y se ríe, mientras se come el último bocado y termina la coca cola.

La película ya se ha acabado, va cambiando de canales hasta que apaga el televisor aburrido.

Se sienta en la mesa, abre un sobre con la dirección de alcohólicos anónimos, y después de rellenar el informe de su estado, lo sella dejándolo sobre la mesa. Al lado ve el libro de tapas negras que le dejó el maestro, lo coge y se sienta en un sillón. Abre las páginas al azar y, encuentra «Breve historia del taekwondo», se pone a leer atento.

«Sus orígenes son muy lejanos, en las sociedades primitivas el hombre tenía que defenderse de los animales salvajes y de los ataques de otras tribus. ¿Cómo logró sobrevivir el hombre en un mun-

do tan hostil?, ¿solo con la inteligencia logró no ser exterminado? La respuesta es: no, no era suficiente. El hombre se vio obligado a desarrollar unas capacidades físicas y mentales capaces de superar y poner bajo control a los demás seres de la naturaleza. ¿De dónde consiguió esas capacidades?, es una pregunta de difícil respuesta. Ya solo se pueden buscar respuestas en mitos y leyendas; pero lo que sí podemos suponer es cuando el hombre perdió esos poderes. Con los sucesivos avances en la vida tras largos siglos, el hombre dejó de necesitar la profundización en esas técnicas, y el broche final que terminó enterrándolas definitivamente fue la aparición de las armas de fuego. Hoy solo quedan rescoldos encendidos que ya no tienen nada que ver con el sol que alumbró las primeras etapas de las artes marciales.

Hablando de mitos y leyendas, para el pueblo coreano su existencia llega con el mítico Dangun. El pueblo coreano cree pertenecer a la raza más pura de la tierra, de una única sangre. Según la leyenda, el rey de los cielos Hwanin, tenía un hijo llamado Hwanung. Este albergaba en sus deseos el anhelo de vivir en la tierra. Su padre accedió al fin a permitirle lo que con tanto anhelo esperaba, lo envió a la tierra con tres mil de sus seguidores. Aterrizó en el llamado lago del cielo, situado en la cima de una montaña, el monte Paektu, hoy en día en la frontera de Corea del Norte y China.

Allí formó el pueblo Han (raza celestial). Un día Hwanung se encontró en el bosque con un tigre y un oso, los dos tenían la ambición de convertirse en humanos. Hwanung los puso a prueba, debían aguantar cien días en una cueva alimentándose solo de ajos y artemisa. El tigre solo pudo aguantar veinte días, sin en cambio el oso consiguió terminar la prueba y le fue concedido su deseo. Hwanung lo convirtió en una bella mujer. Siendo ya mujer quiso ser madre y Hwanung accedió, convirtiéndose él temporalmente en hombre para darle un hijo.

Ese hijo fue Dangun, el padre de la nación coreana, que buscando una vida más fácil abandonó la montaña y bajó a la llanura fundando su pueblo. Les enseñó el arte de la agricultura entre otras

y los inspiró en el Hongik in Gan (devoción por el bienestar humano), de estos sentimientos surgió el arte del taekwondo.

En la antigüedad el taekwondo dejó su huella en Kyongju, en el templo de Palkuk-sa. En la entrada de la gruta aparecen dos figuras, dos gigantes enfrentados en posturas de taekwondo, una pierna enfrentada contra otra por encima de la cabeza. También durante el reino de Kogurio, en las tumbas de Muyong Chong y KaK Chu Chong se representaron en los techos de la construcción funeraria escenas de luchadores frente a frente, practicando taekwondo. Lo que indica que en aquella época la práctica del arte marcial era habitual entre las clases guerreras».

Mario hace un alto en la lectura y mira el reloj que tiene enfrente, sobre la pared. Pasan de las once, todavía es pronto y la lectura es interesante, se dice; así que piensa seguir hasta acabar el apartado.

«Unas decenas de años antes de Cristo, en la época de las dinastías que formaban los reinos de Kogurio, Shilla y Baekje, se practicaban diversos tipos de lucha de los que proviene el arte marcial de hoy, aquellas luchas se llamaban: taekkyon, subak..., entre otras.

Hubo un grupo de guerreros en el reino de Shilla, los «Hwarang», que fueron los impulsores con sus gestas de la unión de los tres reinos. Sus rostros iban maquillados como los dioses poseedores de los dos sexos, seres completos; hombre-mujer. Su código de honor era: lealtad a la nación, amor a sus padres, lealtad a sus amigos, valor en la batalla y el compromiso de no derramar sangre innecesariamente. También ellos en sus entrenamientos practicaban el Subak. En aquella época había guerreros capaces de perforar con su puño paredes o matar a toros y otras bestias de golpes certeros en el cuello. Alcanzaron un nivel tan mortífero que sus golpes se equiparaban a la capacidad de las armas.

El taekwondo que ha llegado a nuestros días es el heredero de las luchas que practicaban esos fantásticos guerreros».

Fantásticos guerreros, piensa Mario. Su antiguo gimnasio de Méjico llevaba el nombre de ellos.

«Durante las dinastías de Korio y Yi siguió practicándose con el nombre de Subak, fue muy popular entre todas las clases de la población, como un medio para mantener la salud y una herramienta para la defensa. Sin embargo en la última época de la dinastía Yi perdió su popularidad y quedó relegado en un rincón del pasado.

Antes de la ocupación japonesa y de la Segunda Guerra Mundial hubo una pérdida del espíritu guerrero y de las tradiciones.

Cuando llegó la invasión de Japón, encontraron a un pueblo sin moral ni capacidad para oponerse.

Más tarde, surgieron algunos grupos insurgentes que quisieron recuperar del pasado el arte marcial coreano como elemento físico y mental, para luchar contra la maquinaria de ocupación japonesa y, para fomentar y potenciar su uso en la futura Corea libre.

Después de la Segunda Guerra Mundial y tras la posterior guerra de Corea, que terminó con un armisticio y la división del país, se asentaron con auge en Corea del Sur los viejos estilos y escuelas de artes marciales coreanas. Entre ellas destacó la primera escuela Chung Do Kwan (escuela de la ola azul), dirigida por el maestro Won Kuk Lee, que le puso ese nombre inspirado por la imagen de las olas del mar rompiendo en una playa de Corea.

De la unión de las diferentes escuelas surgió un arte marcial al que el general Choi puso el nombre de taekwondo. Tae, significa pierna; Kwon, puño; Do, camino. El camino de la pierna y el puño. El general Choi sirvió en el ejército surcoreano, también difundió el taekwondo fuera de las fronteras de su país; pero en 1972 se exilió de Corea del Sur por problemas políticos, y trasladó la federación ITF (federación internacional de taekwondo) a Canadá.

Igual que el país estaba dividido, también entonces hubo una división del arte marcial, surgiendo en Seúl la WTF (federación mundial de taekwondo) en 1973. Es la federación oficial de Corea del Sur. Después de unos años, como deporte de exhibición, la WTF tomó parte oficial en los juegos de Sydney 2000 como deporte olímpico».

Mario conoce la WTF, su gimnasio en Méjico pertenecía a esta, también el gimnasio «Taeguk» pertenece a la WTF.

«Mientras el taekwondo de la ITF tiene alguna influencia del karate Shotokan y es el que se practica en Corea del Norte, el taekwondo WTF está más fundamentado en la antigua filosofía coreana y se ha desprendido de las influencias chinas. Es el deporte oficial de Corea del Sur y el que goza de carácter olímpico.

Quizás algún día llegue la unión de los dos taekwondos y con ello la unión de las dos Coreas o viceversa...».

Muy interesante, piensa en silencio mientras cierra el libro y lo deja sobre la mesa. Tras unos instantes pensando, se levanta ansioso, da varias vueltas por los quince metros cuadrados del salón. Por fin, busca en un cajón y saca un cd de música, «Sabores de Méjico» pone en la tapa. Lo inserta en el equipo y empieza a sonar «Mi México lindo».

Mira el sobre de alcohólicos anónimos que descansa sobre la mesa y le da un manotazo enviándolo al suelo. Se levanta con decisión para sacar del rincón de un mueble bajo, una botella de tequila escondida. Llena un vaso pequeño de chupito y, se acomoda en el sillón saboreando su primer tequila. El sabor fuerte y amargo, que escuece y calienta el cuerpo le aviva el brillo de la mirada.

Entona con los labios silenciosas voces de mariachis.

El pelo negro y rizado apoyado en el respaldo del sillón, los ojos cerrados en un rostro moreno y esbelto, sobre el labio superior un bigote negro recortado que acompaña a la boca en sus sabores mejicanos. Se abandona a la música y al alcohol, en la mente ensoñaciones lejanas que se van perdiendo en la memoria, hasta desaparecer en el sopor del sueño.

Las manecillas del reloj siguen girando despreocupadas en su lento e inexorable tic-tac. El cristal de la ventana se ha empañado, en la calle ha debido bajar la temperatura.

Despierta sobresaltado, vuelve a dejar la cabeza apoyada en el sillón. La música hace rato que ya no suena, mira el reloj sobre la pared, las manecillas marcan las dos de la mañana. Le duele algo

la cabeza y tiene sueño. De la pesadilla apenas recuerda pasajes inconexos, y nítidamente un nombre: Dangun; y un apelativo: extraterrestre.

Va al grifo de la cocina para beber un vaso de agua, antes de irse a dormir a la cama.